

Mi mundial 2

Daniel Baldi

loqueleg

Prólogo

7

Hace cuatro años me sentaba a escribir para el libro *Mi mundial*. Recuerdo que era un día como hoy cuando mi amigo Daniel me llamó a Turquía, para explicarme que había escrito una novela y quería que yo escribiera el prólogo.

—Está bien —le dije en aquel entonces, sin siquiera saber de qué trataba. Pero bueno... a veces a los amigos hay que decirles que sí sin saber bien para qué.

Al ratito me llegó el *email* con la novela y mientras la leía viajé junto con su protagonista, viviendo cada momento experimentado por él con la misma intensidad con que yo lo habría vivido. Porque en definitiva, lo que le pasa a este personaje es lo que nos pasó a todos los jugadores de fútbol alguna vez: momentos de alegría, tristeza, lucha y esfuerzo.

Recuerdo que me emocioné, reí y festejé con Tito, como se apoda el protagonista. Luego, cuando terminé la lectura y me dispuse a escribir el prólogo, estaba más que agradecido por semejante honor.

Hoy me pasó lo mismo.

Daniel me llamó para decirme que estaba pronto *Mi mundial 2* y que yo sería nuevamente el encargado de su prólogo. Y acá estoy por comenzar a escribir, igual que hace cuatro años.

Cuatro años... ¡cuántas cosas pasaron!

8 Recuerdo que enseguida de presentar el libro llegó el mundial de Sudáfrica, que fue espectacular y único. Todo lo que vivió el pueblo uruguayo, como vivimos nosotros, los jugadores, tanto durante ese mes como después, será irrepetible. Tanta comunión, tanto orgullo de haber nacido en esta tierra, y poder simbolizar esos sentimientos a través del fútbol, vistiendo la celeste. Sin duda un tema para sociólogos. Después llegó la obtención de la decimoquinta copa América para Uruguay, jugando en Argentina —un título que quedará para la Historia—, para luego dar paso a las eliminatorias.

Y ahí de nuevo ese subibaja de emociones que nos encontró, en un momento (según “los especialistas” y algunos otros también), fuera del mundial. Creo que en esta última etapa apareció el logro más lindo de este grupo humano, en este camino transitado con la celeste. Supimos mantener la postura sin perder la ilusión, mantuvimos el respeto a la camiseta y hacia la gente en todo momento, redoblamos nuestro compromiso, todo para salir del momento más complicado que nos tocaba vivir, conscientes de que conseguirlo sería muy difícil.

Y acá estamos, en la puerta de otro mundial, o bien, permítanme decirles, EL MUNDIAL, por tratarse de que

es en Brasil y por toda la mística que eso conlleva para LA CELESTE. Otra vez nos toca un grupo complicado, y para “los especialistas” y muchos otros también, difícil de pasar. Estamos de acuerdo, pero es fútbol y este grupo ya ha sabido demostrar que no hay escollo imposible de sortear. Dependerá de nosotros. Haremos lo imposible por lograrlo sin perder las ganas de disfrutar, poniendo la mayor energía, junto con los compañeros, familiares, amigos y toda la gente en general. Cada minuto que vivamos, tanto antes como durante el mundial, será vivido al máximo ya que es muy especial para nosotros.

Y a todas estas sensaciones que me toca revivir en el fútbol, también se le suma la segunda parte de esta historia, lo que hace que todo tenga en mí como una especie de *déjà-vu*. Miro el reloj y veo que es la misma hora que cuando me sentaba a escribir el primer prólogo en Turquía; esta vez estoy en Inglaterra, y parece mentira que mi familia esté yéndose a acostar igual que aquella vez, y me haya vuelto a emocionar reviviendo mi vida en los cuatro años que pasaron, con este personaje. Esta historia es de mi amigo Daniel pero, al igual que la selección, tiene el poder de pertenecernos a todos.

Quiero despedirme con el agradecimiento hacia todos ustedes por haber logrado que *Mi mundial* llegara a tantos hogares y esté por llegar al cine. Pienso que será la última vez que escriba un prólogo para Tito... aunque quién sabe. De lo único que sí estoy realmente seguro es de que pasará el mundial, otra copa América,

y seguiré leyendo y jugando al fútbol. No sé qué libros ni en dónde estaré jugando, si en un equipo o con amigos, pero seguiré haciéndolo como lo hice siempre. Con las mismas ganas y el mismo amor.

Por eso, con Daniel queremos que ustedes los jóvenes, el futuro de este país, sean tan deportistas como lectores. Seguiremos insistiéndoles siempre sobre lo mismo: “hagan deporte y estudien”. Es el lema principal de todo esto.

10 Les mando un abrazo grande. Nos vemos después del mundial.

Diego Lugano, marzo de 2014

Primera parte

Llevo media hora sentado frente a la computadora.

Al principio no sabía qué hacer: miré unos videos en YouTube, mandé un correo electrónico y repasé noticias de fútbol. Luego me desconecté y vi que me separaban seis horas del evento al que estoy invitado. ¿Qué puedo hacer?, me pregunté. Fue ahí cuando me decidí a escribir.

No sé bien cómo hacerlo ni por dónde empezar.

La última vez que me senté a escribir fue hace cuatro años. En aquel entonces era para un deber de un taller literario al que concurría junto con mi novia, Florencia.

Recuerdo que cuando mi profesora del taller lo leyó, se emocionó y me felicitó.

—Esto, Tito —dijo la profesora refiriéndose a mi trabajo—, es espectacular. Se lo voy a mostrar a Daniel. Estoy convencida de que a él le va a encantar.

Al principio pensé que estaría bromeando. ¿Por qué mi profesora desearía presentarle mi trabajo a un escritor? Se me ocurrió que en cuanto él lo leyera, iba a pensar que estaba perdiendo el tiempo. Me avergonzaba

el solo hecho de imaginármelo. No quería que Elena lo hiciera, pero, como siempre, terminé contestándole que sí, que si ella creía que eso serviría de algo, tenía mi autorización. Aunque le aclaré que me parecía que estaba equivocada.

Un mes después comencé mi segundo año de liceo y ya me había olvidado de mi trabajo, cuando recibí el llamado de Daniel Baldi, un escritor de mi ciudad al que ya conocía por haber leído su libro, *La Botella F.C.*

14

El exjugador de fútbol tuvo que repetir dos veces su nombre. Al principio creí que era una broma.

—Acabo de leer tu trabajo —me comentó en la oreja sin esperar a que yo le dijera algo.

Al convencerme de que era él quien me hablaba, entrecerré los ojos esperando la serie de correcciones que, imaginaba, pretendía hacerme.

—Quiero felicitarte —exclamó, dejándome perplejo—, realmente es muy bueno. En cuanto terminé de leerlo me dieron ganas de sentarme a escribir. Me inspiraste, Tito, y creo que se me ocurrió una excelente idea para mi próximo libro.

Yo no entendía nada, era como si me estuvieran hablado en otro idioma.

—Tito —repitió—, ¿estás ahí?

Sinceramente no sabía cómo reaccionar. ¿Cómo podía ser que un escritor profesional llegara a hablarme de esa manera?

—Sí, sí —contesté—, mu... muchas gracias.

A los pocos días lo conocí. Vino a mi casa, con la intención de dialogar con mi madre.

Se sentó a la mesa de la cocina y nos comentó que había vuelto a leer todo el trabajo y mientras lo hacía había experimentado diferentes sensaciones. Según él, se había identificado con el texto de tal manera que le parecía propio y aseguró que a cualquier jugador de fútbol que lo leyera le pasaría lo mismo.

—Sinceramente, Tito —agregó con entusiasmo—, como jugador de fútbol, no puedo más que agradecerte el hecho de que te hayas animado a escribir tu historia. En cierta manera es esclarecedora —puntualizó, sin que yo llegara a entender. Nos miramos con mi madre, sin saber qué decir—. Cuando hablás del representante, de tu familia, de tu novia... A mí me pasó algo similar a vos y creo que a la mayoría de los jugadores de fútbol también les ha pasado. Honestamente, creo que es un trabajo que merece ser leído por el país entero. Vas a ver que le va a servir a todos los jóvenes que comiencen a practicar fútbol. A mí me dio la idea de hacer una novela, una ficción en la que pienso incluir muchísimo de tu realidad, así como de la mía. Ya estoy trabajando en ella, pero antes —advirtió, centrando toda su atención en mi madre— necesito el permiso de ustedes.

Sin entender muy bien a qué se estaría refiriendo con el “permiso”, desvié la mirada hacia mi madre para ver si ella sí lo había entendido. Por desgracia, me di cuenta de que ella tampoco había comprendido.

Por otra parte, no habíamos tenido mucha suerte con la gente que se había tomado la molestia de ir hasta nuestra casa a pedirnos una cosa u otra, por lo que ambos manteníamos un espíritu reticente y desconfiado.

—Lo vamos a pensar —farfulló Amelia, sin saber bien qué tenía que hacer o decir—. Esta noche, cuando venga mi marido, le prometo que lo conversaremos entre todos.

Baldi nos agradeció y se fue.

Al quedar a solas con mi madre, ella volvió a mirarme a los ojos, pensativa.

—No sé —dudó—, quizá en la novela nos veamos muy identificados y no nos guste —reflexionó—. Esta noche lo hablaremos con papá, es probable que él sepa mejor que nosotros lo que debemos hacer.

Permanecí en silencio, encerrado en mis propios pensamientos. Todo esto por un simple deber del taller literario: me resultaba demasiado complicado. Baldi me parecía una persona muy distinta a Rolando, tanto por su mirada como por sus gestos, pero lo cierto era que mi confianza en la gente se encontraba bastante deteriorada.

Decidí llamar a Florencia. Ella sabría aconsejarme mejor que nadie.

Al cabo de media hora nos encontramos en el baldío, bajo el puente de la Caballada.

Luego de contarle los pormenores de mi reunión con el escritor, ella pareció meditarlo.

—Yo leí todos los libros de *La Botella* y son espectaculares —observó—, si bien dista mucho de estar

entre mis escritores favoritos. Con lo que ahora dice de tu trabajo y cómo lo valora, comienzo a estimarlo de otra manera. Se ve que este Baldi no tiene mucha imaginación, que necesita de tu trabajo para ponerse a escribir —bromeó.

—¿Pero qué te parece? —insistí—, ¿creés que es bueno lo que propone?

Flor me miró a los ojos. Cada vez que su mirada se detenía en la mía hacía que me sintiera el hombre más feliz del mundo por ser su novio.

—¡Está buenísimo, Tito! Ya te dije, tenés muchas virtudes, valés por lo que sos. Creo que este tipo vio lo mismo que yo, al igual que la profe Elena. Tu vida es inspiradora, mi amor. Por eso quiere escribir un libro.

—¿Voy a ser famoso? —murmuré con alegría, acercándome a ella.

Volvió a mirarme a los ojos.

—Para mí ya lo sos.

—Te amo —contesté y nos besamos.

Al rato volví a agarrar mi pelota. Desde mi alta médica, cada día avanzaba un poco más en mi recuperación. En el baldío me ponía a dominarla, conducirla y patearla.

Flor me seguía. A veces se ponía a leer un libro mientras yo entrenaba, pero siempre se quedaba allí, acompañándome. Eso para mí era lo más divino que me podía suceder. Su compañía me bastaba para sentirme apoyado, sin ella todo habría sido diferente.

18 A los pocos días de mi reunión con Baldi, ya me había olvidado del asunto. La pelota era lo único que me importaba, como lo fue siempre en toda mi vida. Refugiado en el afán de recuperarme, soñando con volver a jugar algún día, no tuve tiempo de preocuparme por los mambos del escritor.

Un día, mientras regresábamos del baldío con Flor, ella dijo:

—Estás mejorando —en sus ojos se percibía cierto dejo de fascinación—, cada día te veo más cerca de lo que fuiste. ¡No lo puedo creer!

Suspiré y miré hacia el cielo en señal de agradecimiento.

—Ojalá Flor, ojalá.

La noche que estuvo Baldi en casa mi mamá habló con mi papá y este no sabía si reírse, festejar, ponerse serio o qué hacer. Jamás había imaginado que un trabajo mío pudiera servir de musa para un escritor.

—Hablemos con Elena —sugirió.

Mi mamá llamó a la profe. Al cortar regresó a la mesa. Traía una sonrisa de oreja a oreja.

—Dice Elena que no lo puede creer —exclamó, inundada de alegría—. Según ella, conoce a la familia y son gente muy bien; dice que nos quedemos tranquilos y confiemos.

El escritor volvió a reunirse con nosotros dos meses más tarde. Quería preguntarnos si podía utilizar los nombres reales de la familia. Todos nos encogimos de hombros y terminamos accediendo a su petición. El permiso de reescribir la historia había sido concedido y Baldi ahora parecía inmerso en esa tarea. Casi me caí desmayado cuando me enteré de que el capitán de la selección uruguaya, que estaba próxima a jugar el mundial de Sudáfrica, el señor Diego Lugano, había aceptado escribir el prólogo.

Cuando la noticia se propagó, la gente llamaba a mi casa para preguntarnos si el Fernando *Tito* Torres de la novela tenía algo que ver conmigo.

—Vive en Los Nogales —decían todos—, se va a jugar a Montevideo, tiene un accidente...

—Sí, sí —contestaba yo, comenzando a molestarme con la situación—, soy yo.

La historia, mi historia, *Mi mundial*, como titularon el libro, se leía en las escuelas y liceos de todo el país. Tal como dijo el escritor, los niños, jóvenes y adultos se

identificaban con lo narrado, sobre todo con lo que le pasaba al protagonista. Mis hermanos eran populares, mis padres también, y mi exrepresentante, quien en la novela figura con el nombre de Rolando para no tener problema con nadie, también había adquirido fama, aunque no la que él hubiera deseado.

Mi mundial anduvo muy bien en cuanto a su difusión. Debo admitir que cuando volví a leer mi propia historia en formato libro, al principio me dolió revivir cada segundo de mi vida. Sentía que volvía a pasar por lo mismo una y otra vez. Era remover un pasado del cual me quería olvidar. Muchas veces me negaba a seguir leyéndola, me enojaba con Elena, insultaba al aire por haber aceptado publicarla y rabiaba conmigo y mi familia. Llegué a odiarla. Pero luego superaba ese sentimiento y volvía a leerla otra vez.

Con el paso del tiempo aprendí que la novela, sobre todo al comprobar la reacción que ocasionaba entre los niños y sus padres, estaba ayudando a mucha gente. De a poco fui amigándome con ella, aunque sin llegar a quererla del todo. ¿Por qué tenía que ser yo y mi desgracia el ejemplo para que otros no hicieran lo mismo? Pero en el fondo, una certeza en ese lugar que todos tenemos bien adentro, me hacía entender que de algo servía, no a mí, obvio, pero sí a los demás.

Hoy ya han pasado cuatro años de aquel entonces. Mi nombre, Fernando *Tito* Torres, es más conocido que antes, aunque sigo siendo el mismo de siempre. Ahora,

en la habitación de este hotel y frente a un inmenso ventanal con vista a la calle, me dispongo, en las seis horas que tengo por delante, a volver a escribir. Esta vez no será para un deber, esta vez es con la intención de contar lo que me sucedió en estos últimos años.

No sé si algún día alguien llegará a leer lo que relato. Tan solo me propongo matar las horas escribiendo. No sé cómo denominar lo que escriba, no sé tampoco si tiene que tener algún título. De lo que estoy seguro es que desde la última vez que me lancé a escribir hasta el día de hoy han ocurrido muchas cosas.

22 Mientras toda esta historia del libro se llevaba a cabo, yo nunca dejé de entrenarme en el baldío. Sin duda la ayuda de Flor resultó indispensable.

Ambos íbamos al liceo de mañana, yo a segundo y ella a cuarto. Siempre regresábamos caminando juntos hasta Los Nogales. Cada uno almorzaba en su casa y luego volvíamos a vernos para ir a la biblioteca, sacar apuntes, estudiar, elegir novelas y terminar de nuevo en el baldío. Flor también se hacía lugar para ver a sus amigas, Uma y Natalia.

Mi rodilla lesionada había comenzado a ganar movilidad. De no ser por la serie de cicatrices que tenía a lo largo y ancho de esa zona de mi pierna, podía llegar a decirse que parecía una rodilla normal.

En el barrio la gente me miraba con cierta pena. También estaban aquellos que lo hacían como si yo fuese un bicho raro. A raíz de mi fama deportiva antes del accidente y con posterioridad a lo que ocurrió —la publicación del libro—, me había transformado en un

ser conocido por todos, situación que me hacía desear estar en la soledad del baldío, escapando de todas esas miradas curiosas que me seguían sin disimulo.

Mi familia estaba bien. El Rulo había comenzado el liceo y parecía ser un buen estudiante. Marcela estaba en otro segundo diferente del mío y ambos seguíamos compitiendo para ver quién obtenía las mejores notas. La Viqui estaba en sexto año de escuela, y Rocío había aprendido a caminar y daba risa verla ir y venir por toda la casa, riéndose de todo lo que la rodeaba. Despreocupada y con esa mirada vivaz que siempre lucía, repleta de amor.

Papá trabajaba todo el día y mamá trataba de seguir encauzando a la familia como mejor podía. A raíz de lo vivido el año anterior en Montevideo, este año nos encontraba a todos mucho más maduros. Sabíamos que el dinero era muy conveniente, pero que había un montón de asuntos más importantes para atender y tener en cuenta.

Los ahorros se habían acabado con mis operaciones, habíamos vuelto a ser los mismos pobres de siempre. No teníamos plata para ropa nueva ni para darnos muchas libertades en las comidas. Reaparecieron los guisos, junto con el dilema de si llegaríamos o no a fin de mes. Pero, a diferencia de antes, yo veía tranquilidad en los ojos de mis padres. Habían experimentado vivir en un apartamento lujoso de Montevideo, en un barrio adinerado y sin que les faltase nada material. Eso les

había aportado la convicción de saber que esa clase de vida también tiene su parte mala y que, a diferencia de lo que creíamos antes, ahora estábamos conformes y satisfechos con lo poco que poseíamos y era nuestro. Todo lo sucedido nos había enseñado que tanto de un lado como del otro, ricos y pobres cuentan con razones buenas —y también malas— para disfrutar o sobrellevar la vida que les ha tocado vivir.

24

Mi papá trabajaba, una circunstancia que en su temporada de rico no había ocurrido, y parecía más feliz que antes. Mis hermanos estaban rodeados de espacios verdes donde poder jugar con sus amigos. Se los veía contentos. Mi mamá tenía tareas para hacer en la casa y no pasaba todo el día sentada frente a la tele, sin ocuparse de ninguna actividad que la hiciese sentir útil, como le había ocurrido en el apartamento de Montevideo. Y yo, pese a todo, me encontraba entusiasta. No le veía más la cara a un ser despreciable como Rolando, diciéndome todo el tiempo lo que tenía que hacer. Ya no nos veíamos obligados a utilizar nada de él, ni su casa ni su auto, y eso nos hacía sentir libres e independientes, sin deberle favores a nadie.

Pero lo que más contento me ponía era mi noviazgo con Flor. Me sentía tan enamorado de ella que muchas veces me parecía imposible que me hubiera pasado a mí. Había descubierto el significado del verdadero amor, lo que tanto había inspirado a poetas, músicos y pintores. Para mí era el placer más grande. La amaba

tanto que hasta me daba miedo. Miedo a que algo se estropeará y ese amor incondicional dejara de existir. Lamentablemente ese temor, como todo en mi vida, un día se hizo realidad.

26 En agosto de ese año, Flor y yo sabíamos que íbamos a pasar de clase sin problema; ella tenía todas las materias con doce y yo tenía algunas con nueve, otras con diez y la mayoría con once.

En el fútbol había mejorado sustancialmente. Ya casi no se notaba mi renguera (es cierto que mi pierna derecha había quedado escasos milímetros más corta que la izquierda pero casi no se notaba) y había ganado fuerza para patear en completa dirección con ambos pies. Los amagues aparecían con cierta espasticidad, pero ya podía conducir la pelota, enfrentarme a Florencia y gambetearla fácilmente, lo que en los primeros meses de prácticas me resultaba imposible. Al principio, cuando me enfrentaba a ella, al intentar esquivarla la pelota se me terminaba yendo larga y a veces me caía rodando por el piso. Ahora lograba eludirla y seguir conduciendo sin perder el control de mi cuerpo ni del balón.

Había veces que me copaba tanto con mi progreso que terminaba bastante agitado. Mi condición física

había disminuido considerablemente por el sedentarismo posterior a la operación, pero de a poco estaba mejorando también en la capacidad aeróbica.

Todo parecía ir sobre ruedas, hasta que llegó el inolvidable 10 de setiembre de ese año, sin duda uno de los días más tristes de mi vida.

28 La primavera ya se sentía en la ciudad y eso se reflejaba en mi estado de ánimo. Ese día me encontraba pletórico de felicidad. Cuando volví del liceo junto a Flor, nos despedimos y cada uno se fue para su casa. Almorzaríamos con nuestras familias y volveríamos a juntarnos en el baldío en la tardecita, como hacíamos siempre. Esa tarde, Flor iba a verse con Natalia y Uma, quienes aparte de ser sus mejores amigas, también eran compañeras de clase, y luego iría a encontrarse conmigo.

Flor tenía grandes amigas y se esforzaba por hacerse lugar y verlas a menudo. A veces me llevaba a sus reuniones con ellas y yo trataba de poner la mejor cara, pero lo cierto es que me aburría un poco. La relación con la gente no era mi fuerte y pasaba a ser un motivo de frecuentes reproches de ella hacia mí. Siempre me decía: “Tito, tenés que tener amigos, alguien en quien poder confiar y con quien te sientas seguro de contarle tus cosas buenas y malas. Alguien que no sea yo. Yo soy tu novia pero los

amigos son muy importantes, con ellos podrías hablar acerca de temas que conmigo no hablás”.

Yo la escuchaba y asentía, pero no me interesaba demasiado tener más gente con quien hablar; era algo que no me llamaba la atención y me aburría tremendamente, aparte de la desconfianza que me generaba conocer gente nueva. En la soledad del baldío lograba comunicarme con mi ser y eso para mí era suficiente. Me sentía seguro. Con lo que había vivido en mis años anteriores, confiar en la gente me costaba un esfuerzo supremo.

Llegué al baldío antes que ella y me extrañó el hecho de que se demorara tanto. Supuestamente ella iba a estar con las amigas hasta las cinco y Florencia no era de llegar tarde, pero, según mis cálculos ya serían como las seis y media. El sol estaba poniéndose.

Había dejado el celular en casa, por lo que no podía llamarla. Decidí esperar un minuto más y, si no venía, volvería a casa a buscar mi teléfono. Pero la vi llegar. Su paso, a diferencia del de la Flor que estaba acostumbrado a ver, era más lento, pero más me sorprendió ver que traía el pelo sobre la cara, como si estuviera tapándosela.

Recién me di cuenta de que venía llorando cuando la tuve a escasos pasos.

—Flor —grité y salí corriendo a abrazarla—, ¿qué te pasa?

Ella no podía ni hablar. Era tanta la tristeza que traía que se le había cerrado el pecho y no podía hacer otra cosa que emitir un leve quejido. Su cara lucía demacrada.

Era como si me hubieran cambiado a la Flor de la mañana por otra mucho más tétrica.

Sin soltarla de la mano, la conduje hasta la sombra del puente, donde la ayudé a sentarse para que se tranquilizara. Tenía miedo de que hubiera pasado algo muy grave con su mamá, el novio de la señora o con el papá de Flor en Argentina. Finalmente comenzó a hablar, y luego de escucharla, fui yo quien creyó que se desmayaría.

30 La tragedia era que durante el almuerzo, su madre le había dicho que la relación con su novio *hippy* de Los Nogales había terminado y que en diciembre volverían a mudarse, esta vez a México. La tía de Flor vivía en Guadalajara y ese sería su próximo destino.

Esto último casi no llegué a escucharlo. A medida que Flor me hacía el cuento, sentía que el corazón se me aceleraba hasta alcanzar un ritmo frenético. Noté que la desesperación me absorbía. Cuando terminó el relato, no podía reaccionar.

La abracé con fuerza, temiendo que se evaporara de entre mis brazos, y ella hundió su cara contra mi pecho.

Yo no lloraba, ni siquiera pestañeaba. Había quedado frío, parecía un muerto con la vista clavada en un punto lejano. Mis ojos no veían, mis oídos no escuchaban. Apenas si podía mover una mano para acariciarle la cabeza.

Internamente me preguntaba por qué la vida se ensañaba poniéndome obstáculos tan grandes y difíciles de sortear, a cada instante.

Sentía que sin Flor no podría seguir adelante. Ella, como tanto me reprochaba, era mi único cable a tierra, en quien yo confiaba, y ahora parecía que se iría. No sabía qué iba a hacer.

Al cabo de unos minutos logró recomponerse. Sus ojos se habían enrojecido. El pelo estaba hecho un desastre, pero aun así seguía siendo hermosa.

—Te pido disculpas, mi amor. Siento que te abandono en el mejor momento de tu recuperación, justo cuando parece que estás bien de nuevo. No me lo puedo perdonar, no me lo perdonaré jamás.

Yo no podía decir nada, apenas entendía lo que sucedía. Jamás la habría culpado de nada. Gracias a ella yo había salido adelante. Pensé en ofrecerle que se quedara en casa, pero por lo visto ella ya había manejado esa hipótesis.

—Es imposible —murmuró con bronca—, no tenemos edad suficiente, ni dinero, ni nada —protestó indignada.

Los días que siguieron intentamos de todo para que se quedara. Pensamos en mil conjeturas diferentes, ideamos planes, estrategias, pero todo parecía conducir al mismo desenlace. Cada día que pasaba resultaba un poco más triste que el anterior. No queríamos despedirnos e irnos a dormir. Deseábamos estar cerca todo el tiempo que fuera necesario, pero nuestros padres no nos dejaban pasar las noches juntos, de modo que a las doce cada uno se iba para su casa.



Cuando nos acostábamos, nos mandábamos mensajes de texto para no despertar a mis hermanos. Había veces que no aguantaba más y me iba al baño a hablar con ella. Sentía la necesidad de escucharla. En las conversaciones nocturnas no podíamos parar de decirnos todo lo que nos queríamos, y nos consolábamos mutuamente, prometiéndonos que íbamos a estar bien.

En general terminábamos riéndonos y nos íbamos a acostar con alegría, pero esto ocurría muy tarde, en la madrugada. A veces nos quedábamos hablando como hasta las tres de la mañana y al otro día nos costaba mucho levantarnos.

Flor acusaba a su madre de todo. La trataba de mala, egoísta; le había llegado a decir que siempre hacía lo que quería, sin pensar en ella, su hija.

Cuando faltaban quince días para el viaje, ya poco nos importaba que los dos hubiéramos pasado el liceo con doce o que el libro *Mi mundial* se hubiera convertido en el libro más vendido de ese año. Tratábamos de disfrutar cada segundo como si fuera el último. Ella tenía la compañía incondicional de sus amigas, que la apoyaban en todo momento y la ponían de mejor humor. Cuando Flor estaba con Uma y Natalia, yo optaba por irme al baldío. Me causaba un poco de celos que ella tuviera las mismas ganas de estar con sus amigas que conmigo, y aunque de algún modo lo entendía, me alejaba para estar a solas con mi tristeza.

En ese lapso Flor adelgazó diez kilos. Estaba hecha un fideo. Yo no lucía tan mal físicamente, pero había tenido una marcada regresión y la rodilla no se recuperaba. Apenas si tenía voluntad para entrenarme, no me podía concentrar en la pelota y cada vez que la agarraba, me caía con tanta facilidad que terminaba dejándola y quedándome sentado a su lado.

Poco me importaba el fútbol, el estudio y mi familia. No podía pensar en otra cosa que no fuera en Flor y en su viaje. En quince días se iría y yo no sabría qué hacer con mi futuro.